

co de la tarde á la edad de 72 años. Era en extremo popular, tanto por sus maneras sencillas, como por su vida austera; ha sido enemigo constante de los jesuitas y de los abusos del Gobierno. Aun no se ha echado en olvido el discurso que pronunció el año anterior en la primera reunion del sacro colegio despues de la muerte de Gregorio XVI, en el que demostró la necesidad de adoptar un sistema de reformas en la administracion civil y en la eclesiástica.

Sus bienes ascienden á 100,000 escudos romanos (540,000 francos.) Deja 40,000 escudos (cerca de 216,000 francos) á las casas de asilo, algunos legados á sus amigos y á sus criados: el resto á su sobrino.

El pueblo se prepara á asistir en masa á sus funerales, que se verificarán pasado mañana.

Se estan disponiendo festejos en Subiaco para la llegada de Pio IX. Se sabe que al fallecimiento del cardenal Polidori, abad de Subiaco, el Papa reclamó los derechos que le asisten á la abadía, con el objeto de entregar toda la renta (6,000 escudos romanos) al distrito, que es muy pobre.

Mr. Grassellini, gobernador de Roma, con quien ya se habia indispuesto el público por la suspension de un suplemento del *Contemporáneo*, se ha hecho completamente impopular por haber intimado al marques Dragonetti la órden de salir de Roma y de los Estados romanos.

Mr. Dragonetti, súbdito napolitano, diputado del Parlamento en 1812, reside hace mucho tiempo en Roma.

Asegúrase que el cardenal Gizzi, y secretario de Estado, ha revocado la órden de monseñor Grassellini, y que Mr. Dragonetti permanecerá en Roma. (G. de M.)

### FOLLETIN.

#### LOS GAMBUSINOS. (1)

ESCENAS DE LA VIDA DE LOS BOSQUES EN LA AMERICA DEL SUR.

(CONTINUACION.)

Y con la sangre fria de que tantas pruebas me habia dado se puso á desplumar los pollos. Yo estaba poco dispuesto á hacer honor á la cocina; pero tan contajioso como el miedo es el valor, y al ver el de mi compañero, concluí por tranquilizarme. Sin embargo, no dejaba de escuchar atentamente todos los ruidos que se oían. En el momento en que nuestro asado exhaleba un olor apetitoso, cambiaron de naturaleza aquellos ruidos, y todos nos pusimos á escuchar. No tardó en recobrar Anastasio su habitual indiferencia diciendo:

—Solo los blancos marchan así, aunque estos se parecen algo á los indios; pero no tanto que me equivoque.

Efectivamente, no tardamos en oír voces; aproximóse el ruido, y se presentaron dos individuos sobre el ribazo que estaba encima de nosotros. El primero era un hombre de alta estatura, con el rostro cubierto de una espesa barba rubia rojiza. Un gorro de la hechura de los catalanes hecho de la piel de algun animal, pero que no tenia mas que tres ó cuatro pelos, cubria una áspera cabellera del color de la barba. Una chupa de paño gordo gris con grandes bolsillos y unos calzones de gamuza atados á las piernas con unas correas completaban su atavío. Una especie de bandoleras de piel pasadas á derecha é izquierda del pecho sostenian un gran zurrón y un cuerno de pólvora. Sobre las espaldas tenia un rifle con el cañon de cobre. El traje del otro consistia en un copete de gamuza puesto por el cuello como una camisa, adornado de botones de metal blanco, y un pantalón tambien de cuero, adornado en otro tiempo de alamares de plata. Iba tambien armado de una carabina; pero el cañon era empavonado, de la fábrica de Lieja. En vez de saco de viaje llevaba á cuestas una pesada silla mejicana.

—Cuando los dos desconidos asomaron por cima de nosotros se quedaron un momento parados.

—Lo que nos prueba que estamos mas lejos que pensais de los que buscamos, dijo el del copete de cuero, es que estos caballeros no estarian aqui tan tranquilos.

—Cuando amanezca lo veremos: entretanto sostengo que no estamos tan distantes como vos pensais.

—¿De quiénes hablais? les pregunté yo.

—De una partida de merodeadores indios que andamos persiguiendo hace muchos dias y cuyo rastro hemos perdido en la oscuridad. Hemos visto vuestro vivac, y nos hemos acercado por si teneis la bondad de permitid que descansemos algunas horas en vuestra compañía.

—Con mucho gusto, respondí yo muy contento por aquel refuerzo inesperado; aqui hay uno que os dará noticias de los indios, añadió señalando á Anastasio.

Sentáronse los dos individuos, y Anastasio fue á hacer su descubierta con el cazador mejicano.

—Cuando volvieron les pregunté el de la barba:

—¿Tenia yo razon?

—Ojalá me haya engañado, respondió el mejicano.

Dirigiéndose despues á Anastasio continuó:

—¿No habeis observado entre las huellas que habeis encontrado junto á esta poblacion la de un caballo que por una singularidad notable tiene el casco delantero derecho un poco mas ancho que el izquierdo?

—No, repuso el doméstico; de lo que estoy seguro es de que la partida que ha estado en estos contornos hace ya tiempo que marchó.

—Catorce dias ni mas ni menos, dijo el mejicano, desde que por un descuido nuestro nos robaron el producto de un año de campaña, y sobre todo un caballo que queria como á las niñas de mis ojos.

—Yo no siento mas que una magnífica coleccion de pieles de nutria, dijo el

de la barba roja, que la mas pequeña valdrá 30 pesetas; pero paciencia, ya veremos quién lleva el gato al agua.

—Yo tengo la culpa de todo, dijo el mejicano; porque desde el dia en que falté á mi juramento con las ánimas benditas, todo me ha salido mal.

Segun eso creeis que las ánimas del purgatorio son las causantes de vuestra desgracia? Desearia saber en qué las habeis ofendido tan gravemente. Contadnos eso en tanto que nos acompañais á cenar.

—Con mucho gusto, dijo el mejicano echando una mirada codiciosa á las dos aves que Anastasio acababa de quitar de la lumbre. Vosotros los americanos (1), continuó el cazador mejicano despues de haberse persignado devotamente, no creeis en nada; pero como acabo de deciros, tengo una conviccion íntima de que las ánimas del purgatorio son la causa de mi desgracia. Antes de haberme asociado con este caballero del Canadá era la caza mi principal oficio.

Muchas noches he pasado esperando á los ciervos, cuya piel vendia con mucha ventaja, ó acachando en los abrevaderos de las selvas á los tigres y á los leones por los que me pagaban los hacendados 10 pesetas por cabeza, dejándome ademas la piel. Una lijera parte de estas utilidades la invertia en mandar decir misas por las ánimas del purgatorio, y puedo decir que mis negocios iban cada dia mejor. Asocieme despues con este caballero, como os he dicho, y dejé de cazar fieras, como antes habia hecho, por emprender la de las nutrias y los castores. Un dia pues que estaba en espera de aquellos pacíficos animales, vi las enramadas astas de un par de ciervos que acababan de llegar junto á un arroyo. Acordame entonces de mis primeras cazas, y tuve un vivísimo deseo de matar aquellos dos vichos. No estaban muy á jurisdiccion; pero esperé conseguir mi objeto con la ayuda de Dios. Entonces hice un voto mentalmente de que si mataba los dos, la piel de uno seria para mí, y la otra para redencion de algunas ánimas del purgatorio; metí al mismo tiempo dos balas mas en mi carabina, é hice fuego.

—Y se os escaparon los dos?

—No tal. Cuando se disipó la nube de humo, tuve el dolor de ver que solo habia caido mi ciervo, y que el de las ánimas del purgatorio corria como un demonio.

—Para un devoto de las ánimas benditas era sin embargo un caso de conciencia fácil de resolver.

—Si no hubiera sido tan devoto de las pobrecitas ánimas no hubiera sentido tanto ver escapar su misa á todo correr: despues del robo de mi caballo ha sido cuando he pensado que en buena ley deberia haber partido con ellas la mitad de la piel de mi ciervo; pero añadió el cazador con amenazadora mirada, tengo hecho otro voto, y os aseguro que le cumpliré. Hace 14 dias y 14 noches que andamos en busca de esos demonios de apaches, y renuevo aqui mi voto.

Levantóse el cazador, estendió su mano hácia el cielo, y con ojos ardientes y con las narices abiertas exclamó con una voz que repitió el eco como para demostrar que aceptaba su juramento:

—Hago voto de atacar solo ó acompañado á esos perros de quier los en cunetre, y perseguirlos si es preciso hasta sus poblaciones. Hago voto de llevar sobre mis espaldas esta silla que era de mi caballo que me han robado, y de no abandonarla hasta habérsela puesto á uno de esos demonios. Hago voto de vender como esclavos sus malditos hijos, y de consagrar el producto de la venta para las ánimas del purgatorio.

—Y vos, pregunté al canadiense, ¿habeis hecho otro voto?

—Yo, respondí sencillamente, he prometido á mi asociado seguirlo á todas partes adonde vaya y hacer lo que él haga.

Hizo despues una señal al mejicano; levantóse este, volvió á tomar la silla acuestas, y me dijo:

—Hemos descansado bastante; os damos las gracias por vuestra hospitalidad. Ya es tiempo de que volvamos á buscar las perdidas huellas, porque habiendo hecho un voto como el mio, no se duerme ni se descansa mas que lo absolutamente indispensable. Si por casualidad llegais algun dia á la hacienda de la Noria, y estoy todavia en este mundo, espero que me encontrareis quieto y libre para con las ánimas del purgatorio. Adios, Sr. caballero.

—Cuando se hubieron marchado, y ya no se oía el ruido de sus pasos, dijo á Anastasio al pensar en la aventura que habian acometido aquellos dos caballeros errantes:

—Estos dos hombres estan perdidos.

—¿Quién sabe? me respondió flemáticamente.

El sueño, mas poderoso que la aprension, me sorprendió al momento, y ya iba á desaparecer á la mañana siguiente la luna detrás de las montañas cuando emprendimos nuestro camino á Bacuache. Como el dia anterior, solo anduvimos con mucho trabajo, porque tan gastados tenian los cascos nuestros caballos que apenas podian andar. Rivas nos seguia sin esfuerzo á pie, gracias á la lentitud de nuestra marcha, y por cierto que formabamos un trio bastante lamentable. Cuando amaneció dejamos muy atrás á nuestro compañero, que no hacia mas que pararse á cada momento, hasta que al fin en un recodo que formaba el camino le perdimos completamente de vista. Llaméle muchas veces; pero mi voz se perdió en medio del silencio, sin que nadie respondiese á ella.

—No se ocupe U. de él, me dijo Anastasio: es probable que ande buscando algun crestón; porque habeis de saber que marchamos por un terreno fértil en oro, y solo como está se le habrá despertado su instinto. Es como mi hermano; nació gambusino, gambusino sigue, y gambusino morirá. Ademas, no creo que esté en su juicio completo. Desde la muerte de su hijo, de quien he oido hablar, se ha apoderado de él una extraña manía. En todas partes eres reconocido la voz de los asesinos de su hijo. Segun toda apariencia, la terrible venganza que acaba de ejercer solo ha recaido en inocentes, y es probable que nunca encuentre á los culpados. (Se continuará.)

### PUERTO-RICO 20 DE JULIO DE 1847.

Relacion de las multas que han impuesto varios Alcaldes, Alcaldes-Corregidores y Tenientes á guerra, en el mes de Mayo próximo pasado por las causas que á continuación se expresan.

	Ps. Rs.
Fauco.	
D. Silvestre Fraticelli, por una vaca suelta.	1 00
Tomas Alvarez, por un buey idem.	1 00
D. José Antonio Pacheco, por un caballo idem.	1 00

(1) En Sonora todo extranjero es mejicano, así como en el Sur de Méjico todo extranjero es inglés.